

N.º 25816

T-5053

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE BUENAS LETRAS

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE D. FRANCISCO BERMÚDEZ DE CAÑAS

Deán de la Santa Metropolitana y Patriarcal
Iglesia Hispalense.



SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1890

Lib. 8197



Señora: (1)

DIFICULTAD grave experimenta mi alma al cumplir el deber que le impone la honrosa distinción con que vuestra bondad, señores Académicos, ha querido favorecerme, llamándome al seno de esta Real y esclarecida Academia, donde tan ilustres y sabios varones dejaron la huella luminosa de sus pensamientos, y cuyas colosales figuras, evocadas por la imaginación, ofuscan con su grandeza, y acrecientan la justa timidez que causa al ánimo, la respetabilidad y merecido renombre de los que sólo pudieron hallar móvil, que les llevase á otorgarme merced tan señalada,

(1) Presidía el acto S. M. la Reina D.^a Isabel II de Borbón.

en el designio de proporcionar con ella, á mí, el estímulo que alienta al amator de la ciencia, y á vosotros, el noble placer que acompaña al docto consejo y á la sabia enseñanza: no otras pudieron ser vuestras justificadas intenciones, vista la pobreza de mis merecimientos y considerada la pequeñez de mis facultades.

Mas ya que habéis querido distinguirme en tan alto grado, haciéndome como uno de vosotros, aliente mi natural temor vuestra benevolencia, y dé fuego, vida y colores al desmayado espíritu; que, si en las regiones tropicales la vegetación es más exuberante y precoz y los frutos más tempranos, aquí, al calor vivificante de vuestras ideas, en la templada región de vuestra acrisolada doctrina, y empapada la conciencia con el rocío de las grandes inspiraciones morales, que nos legaron nuestros predecesores, mi alma, planta apenas nacida á la vida de la ciencia, crecerá en la verdad, hasta obtener la robustez y lozanía del recto juicio, y con él, el entusiasmo y valor necesarios para reñir esas grandes luchas á que está llamada la inteligencia, en la universal invasión de ideas y principios que menoscaban y pervierten en nuestros días los immaculados derechos de la verdad, de la justicia y del bien.

Por eso al penetrar por primera vez en este

sagrado recinto, yo el último de los obreros de la verdad católica, que es la adoración de lo infinito, que es la filosofía, que es la ciencia, que es la poesía, que es el arte, que es la ley que garantiza los grandes derechos y sanciona los grandes deberes sociales de la humanidad; yo, que guardo en mi corazón una fe inquebrantable, manantial de claras certezas para mi pensamiento; una esperanza viva, cuyas misteriosas irradiaciones me dejan columbrar en no lejano término el triunfo decisivo de la verdad revelada; yo, en cuyo pecho se agita y enardece el amor apasionado hacia mis hermanos, hacia la gran familia humana, cuyas glorias me alientan, cuyas desgracias me entristecen; yo, señores Académicos, traigo en mis labios en este día, como acento de fraternal saludo, como síntesis de todas mis ideas, de todos mis sentimientos, de todas mis aspiraciones, una palabra, un Verbo que, colocado en el gran vértice de los dos mundos, ilumina todas las corrientes de la Historia y estrecha en personal alianza lo finito con lo infinito. Oid esa palabra: ¡Jesucristo! Jesucristo, primera luz que nos ha sonreído entre los ensueños de la inocencia, virtud poderosa que refrenó nuestras juveniles pasiones, centro de nuestros más castos amores, idea regeneradora que libamos de los labios de nues-

tras madres como la miel dulcísima de todo delicado afecto, poesía arrobadora que convierte en cielo la existencia; Jesucristo, cariñoso amigo que nos acompaña en la vida, y que, antes de derramar su mirada santificadora sobre el sepulcro que guarda nuestras cenizas, recoge el alma y la conduce á la Patria del eterno gozar.

No extrañéis, señores Académicos, que, al comparecer en vuestra presencia, escude mi ignorancia tras de ese nombre, ante quien los cielos inclinan la frente y dobla humilde la tierra su rodilla; no es que, temeroso de los acerados dardos de crítica discontentadiza ó menos indulgente, oponga, como armadura impenetrable á sus censuras, la aureola de caridad que le circunda, nó: con la verdadera sabiduría mora siempre la clemencia. Es que, buscando base bastante sólida, bastante ancha, en donde cimentar el edificio de la ciencia, no encuentra mi razón otra que la piedra que, desechada por los que edificaban en el mundo antiguo, fué constituida vértice del ángulo, y sobre la que el dedo de Dios grabó el eterno lema que la defiende del rudo choque de todas las iras y todas las soberbias provocadas por el genio del mal. Es que en Jesucristo halla el alma el foco donde se concentran los rayos de verdad que

esparcen todos los seres, la gota de rocío y los inmensos mares, la yerba del campo y el cedro de la montaña, el grano de arena y el astro luminoso, la roca y el brillante, el infusorio y el cetáceo, el hombre y el ángel; es que en Jesucristo se halla el alfa y el omega de la historia del mundo; la palabra que todo lo explica, el sér que todo lo contiene; el héroe del gran poema del Cristianismo, para quien y por quien todo se destaca, se ilumina, se relaciona y desenvuelve, Dios y sus atributos, la creación con sus maravillas, la humanidad con sus agitaciones, el cielo y sus misterios, la tierra y sus pruebas, el infierno y sus furores, el bien y el mal, la libertad y la Providencia, el pecado y la gracia, la vida y la muerte; grandioso pedestal, sobre el que se eleva la majestuosa figura del Hombre-Dios, esparciendo con su amorosa sonrisa la sabiduría, la verdad, la justicia, la paz, la gloria, la fuerza, el progreso, la estabilidad y armonía de las almas, de las familias, de los imperios, del mundo, como el sol derrama la luz que da colorido y belleza á la creación. Intento, pues, señores Académicos, estudiar la obra en que vive y se perpetúa Jesucristo, en las relaciones que la estrechan con el movimiento intelectual, moral y material que ha realizado el hombre, obedeciendo libremente á la

ley providencial que determina la Historia: deseo demostrar que *Jesucristo es la ley providencial histórica; como que el mundo antiguo le prepara y espera, y el mundo nuevo le recibe y prolonga, en el desarrollo de su reinado social, por medio del Catolicismo en que vive para civilización del mundo.*

No se me oculta la dificultad que engendra la inmensa vastedad del asunto, para circunscribirle á los límites de un discurso; ni olvido, que sabios de consagrado renombre le han estudiado profundamente en todas sus fases. Mas esto último confirma mi decisión; que en los ricos arsenales de su doctrina hallaré armas de probado temple para destruir el ídolo racionalista, que arrebató hoy las adoraciones de muchedumbres inconscientes ó degradadas; y ante el recuerdo glorioso del pasado católico, y en presencia de su acción inmaculada y divina en todas las esferas de la actividad intelectual, aparecerá, de una parte, la injusticia con que en nombre de la ciencia y del progreso se proscribió al Cristo-Dios de la vida privada y pública de las sociedades, y de otra, la fundada esperanza de su universal triunfo en la conciencia, en las costumbres, en la verdad y en el derecho. Sed, pues, benévolo para escucharme.

Dos pavorosos acontecimientos sirven como

de vértices que soportan los dos ejes sobre que gira y en torno de los cuales se desenvuelve la historia del humano linaje; la caída del hombre en el Paraíso, y su redención en el Calvario. Entre esas dos etapas de la vida del mundo descuella la persona histórica de Jesucristo. Á ella convergen todas las fuerzas del mundo antiguo, como á centro de universal esperanza; de ella parten todas las luces que han alumbrado el horizonte de las sociedades cristianas; y, como ha escrito el mismo racionalismo, por la pluma de uno de sus más célebres corifeos (1): «El acontecimiento capital del mundo es la revolución por la cual las más nobles porciones de la humanidad han pasado, de las antiguas religiones comprendidas con el nombre vago de paganismo, á una religión fundada en la unidad de Dios, la Trinidad, la Encarnación del Hijo de Dios, etc. El origen de esta revolución (dice) es un hecho que tuvo lugar en los reinados de Augusto y de Tiberio. Entonces vivió una persona superior (mejor hubiese dicho un Hombre-Dios) que por su atrevida iniciativa y por el amor que supo inspirar, creó el objeto y colocó el punto de partida de la Fe futura de la humanidad. La historia entera es incompre-

(1) Renan.—*Vida de Jesús*.

sible sin Él.» ¡Salud, señores Académicos, de nuestros enemigos! ¡La historia entera es incomprendible sin Jesucristo! cierto de toda verdad: el movimiento de la historia antes de Jesús tiende providencialmente á preparar la humanidad para la regeneración; después de Jesús, se dirige á la difusión de su doctrina y establecimiento de su reinado espiritual en las almas y social en las naciones.

Cuando estudiamos esos dos grandes pueblos que llenan la historia durante cuarenta siglos, el pueblo gentil, es decir, todas las naciones entregadas á la idolatría y al politeísmo, respirando penosamente una atmósfera impregnada de vicios, de sensualismo, de despotismo tiránico arriba, y vil servidumbre y esclavitud abajo, y el pueblo judío, encerrado en su santuario, conservando viva, al calor del fuego del sacrificio, la unidad de Dios, sin que bastaran á quebrantar su firmeza las duras cadenas que arrastró por las márgenes del Nilo; ni las lágrimas que derramaron sus ojos en las orillas del Eufrates bajo los llorosos sauces; ni la fuerza con que Alejandro pretendió uncirle al yugo de su soñada dominación universal; ni los cantos de las nereidas y las sirenas de Grecia, repetidos por los Seleúcidas á sus oídos, para obligarles á *prosternar su frente ante los altares*

paganos; ni el carro vencedor de Antíoco, que presumió trillarle bajo sus ruedas: cuando contemplamos esas dos razas, á quienes unen sin embargo en lo pasado y en lo porvenir el recuerdo de una felicidad perdida, de un paraíso ó edad de oro, y la esperanza de la reparación de la culpa, no puede menos de comprender la inteligencia, que las monarquías asiáticas, como la griega y romana, se suceden en el imperio del mundo, preparando en el orden material la grande unidad que había de servir de gigantesca pirámide, donde, colocada la luz profética que Israel custodiaba en sus sagrados libros y tradiciones, alumbrase la cima del Calvario, para que la humanidad viese en el Cristo pendiente de la cruz, el redentor del pecado, el consumidor de la Fe, el restaurador de las sociedades y el único principio de progreso para el alma; mientras oscuras nubes, cual fúnebres crespones, velaban la luz de los astros, como si los cielos se negasen á contemplar el deicidio que perpetraba una nación ingrata y réproba.

Sí, señores Académicos, durante la edad pagana, Israel es el centro de todo el movimiento histórico. En su santuario conserva incólume la grande idea de la unidad de Dios, que recibe en la alborada de su existencia, cuando el primer canto de la creación inundaba aún los es-

pacios de dulcísimas armonías; idea que esparcirá la raza semítica después de salvada de las turbias y embravecidas aguas del diluvio; que arde pura bajo la tienda nómada del desierto, cuando Abraham recibe las promesas de una posteridad más numerosa que las estrellas del cielo; que alienta su pecho cuando, bajo el látigo de los Faraones, amasa con sus lágrimas el ladrillo con que fabrica palacios á sus déspotas; idea que se engrandece al pie de la montaña del Sinaí, cuando recibe la grandiosa legislación del Decálogo entre el fragor de la tormenta y la luz aterradora del relámpago; que le alienta para pulverizar bajo sus plantas el poderío de sus enemigos, y le sostiene cuando, atadas las manos, cárdeno el pecho y ensangrentada su planta, camina á Babilonia oprimido con los hierros del cautiverio; idea grandiosa que inspira á sus profetas, da autoridad á sus reyes y sabiduría á sus jueces; que cantan en cadencioso ritmo sus sacerdotes; que orna sus frentes cuando recorren las calles de Jerusalén entonando el hosanna de la victoria; idea que, conservada con inaudita constancia, con intolerancia severa, que impide la adulteren ó mancillen los errores de los pueblos incircuncisos, realiza la grande obra de la Providencia, haciendo de ese pueblo, como ha dicho un publi-

cista (1), la base de todos los templos, de su libro el proemio de toda la Religión y de sus reyes los progenitores de Jesucristo.

En derredor de esa pequeña nación, sagrario misterioso que conservaba immaculados los gérmenes de verdad religiosa y social que recibiera el hombre de los labios del Eterno, al elevarle con mano bondadosa al trono augusto de la creación, surgieron potentes imperios y vastas nacionalidades, cuyo paso por la tierra marcaron regueros inmensos de sangre humana.

Nemrod funda en las llanuras del Sennaar el imperio de los Caldeos, dando origen á la expulsión de la raza de Sem y á la emigración armada de la raza de Cham; y al sucederle Urucl, que engrandece á Babilonia con magníficas construcciones monumentales, siente abatido su poderío ante la raza japhética, que establece la dinastía de los Medos, en que Codo-lahomor extiende sus fronteras hacia el Mediterráneo y el Egipto, viéndose humillado por Abraham, que le vence y rescata á Lot y su familia, cuando regresaba victorioso de los reyes de Sodoma, Gomorra y Zeboín, cediendo poco después su trono á los Árabes invasores, que se extienden en la región comprendida entre el Eúfrates y

(1) Castelar.—*Influencia del Cristianismo en la Civilización*, etc.

el Tigris. Asur echa los cimientos de la opulenta Nínive, y bajo el cetro de Bel nace el primer imperio asirio, en que se destacan los nombres de Nino y Semíramis; Sardanápalo pone término á sus escándalos y vicios entre las llamas de la pira en que se arroja con sus mujeres y riquezas, y la nueva monarquía asiria que representa Belesis y que engrandece Sargón, apoderándose de Samaria, Armenia, Chipre y parte del Asia, contempla deshecha y pulverizada toda su grandeza ante la espada de Nabopolasar, que funda la monarquía caldeo-babilónica, engrandecida en Nabucodonosor y trillada bajo las ruedas del carro vencedor de Darío, poco después que Baltasar, el último de sus monarcas, se embriagaba de placeres y de vino, profanando los sagrados vasos que arrebató del templo santo de los hebreos.

En el país limitado por el mar Negro, el Mediterráneo y el Egeo, alzáronse las pequeñas monarquías asiáticas; Frigia y Troya destruída por los Griegos en tiempo de Príamo; Lidia, en que reina Cresos, amontonando fabulosas riquezas; Armenia, fundada por Haig y conquistada más tarde por Tórgoma, nieto de Japhet; la Georgia, humillada bajo el yugo de la servidumbre y hecha el serrallo de los orientales; Escitia y las regiones del Cáucaso, célebres por sus

guerreras amazonas, según Herodoto; desde las riberas del Indo hasta la Arabia y la Etiopía, y desde el Bósforo hasta el mar Caspio y el Jajarte, brillan las monarquías de los Persas y Medos, rama desgajada del tronco Aryo, cuya grandeza toca su cenit en Darío I, y cuyas glorias sepulta bajo el polvo que levantan sus ejércitos Alejandro Magno, vencedor en Gránico, Ipsos y Arbela.

Rico en producciones, de feracidad abundosa, de variada belleza, levántase el país que baña con sus ondas el caudaloso Nilo. Allí se alzaron Tebas y Menphis, la de los hondos misterios; sobre su suelo pasó la lava de los Hycsos ó Sa-sú, que introdujeron el Sabeismo astrológico, que en tan alto grado corrompió el culto primitivo; en su desierto alzó el genio esas moles gigantescas de piedra, sepulcro de sus monarcas; allí llegó el Egipto á su mayor esplendor bajo el cetro del conquistador Sesostris, dominado después por los Persas, hasta que su vida sufre radical mutación al ser fundada Alejandría y constituída en centro comercial é intelectual del Oriente. Coronadas por los espesos bosques de cedros que cubren el Líbano, resplandecieron ricas y opulentas Sidón y Arat, Tiro, Biblos y Berito: las quillas de sus atrevidas naves rompieron las misteriosas olas del

Atlántico: al influjo de su acción comercial brotaron en Asia, Lais, Nísive, Loodisea y Ascalón; en Grecia Tebas; Citium en Chipre; Panormo en Sicilia; Cádiz, Málaga, Adra é Híspalis en nuestra patria; Hipona, Cambó, Adrumeto, Útica y Cartago en África, hasta que tanto poderío cede al empuje invencible de la espada que empuñaba el grande hijo de Filipo. Aparece la India con sus fértiles valles de Cachemira y sus abrasados arenales del Indostán, con sus castas y sus razas, sus pagodas y sus palacios, sus libros Vedas, el código de Manú, y los poemas épicos el Ramayana y el Mahabarata, en ardiente lucha con Darío, después con el vencedor macedonio, hasta ser subyugada por los Árabes: la China aislada por sus inaccesibles montañas y mares tempestuosos, víctima de sangrientas guerras civiles durante tres siglos y medio, inmóvil en la vida intelectual y moral, con la inmovilidad rígida del cadáver, bajo la influencia antisocial del Budismo; en suma, ese conjunto de naciones, sociedades y civilizaciones que desarrollan el primer período del gran drama de la historia en su edad pagana, con sus luchas aventureras, sus conquistas insaciables, sus comunicaciones comerciales, no menos que sus errores y degradaciones, han preparado la hora en que «la Europa recoja el cetro de

la civilización caído de las manos envilecidas de los tiranos de Oriente para concentrar en sí toda la vida de la humanidad. En Europa se asienta la raza de Japhet, audaz, inteligente y dominadora; y por medio de largas y laboriosas emigraciones se prepara á los grandes destinos que Dios le reserva, y que la Sagrada Escritura revela en esta frase: «Habitará en las tiendas de Sem y será Señora de Cham» (1).

La acción providencial histórica se agranda, y sin menoscabar en un ápice la libertad humana, hace que nuevos pueblos y nuevas civilizaciones se asocien como piedras labradas del gran templo de la unidad que la eterna Sabiduría meditaba. La sociedad asiática con su Dios naturaleza, sus aristocracias, sus castas, su despotismo y sus crueles sacrificios, tenía gangrenadas las entrañas, desmoralizada la vida, paralizada su energía; y al desmoronarse y caer, como cae y se desmorona el edificio cuyas fuerzas se apartan del centro de gravedad, «nace Grecia (2), acariciada por grata naturaleza; ornada de bosques perfumados que convidan á la meditación y al pensamiento; ceñida de hermosos y rientes mares, que, lejos de encres-

(1) España.—Iledó.—*Historia Universal*.

(2) Castelar.—Obra citada.

parse como el Occéano, se rizan cual si quisieran mecer al hombre con su blando arruyo; circundada de islas hermosísimas, parecidas á flotantes cunas de flores, que aguardan un recién nacido. Grecia es el templo del hombre donde, al despotismo absorbente de un tirano, se opone la Ciudad hogar doméstico de las libertades individuales;» donde la mente y el alma no son absorbidas en la gran sustancia de un Dios panteísta, sino que la Divinidad es modelada bajo la forma del hombre, llegando así los Dioses á participar de todos los vicios y todas las virtudes de la humanidad, y donde poesía, artes, literatura, filosofía, monumentos y leyes están bañadas del espíritu de individualismo, que caracteriza la civilización de Occidente, en su antagonismo con el Oriente.

Magnífico, señores Académicos, es el cuadro que ofrece el desenvolvimiento de la vida en esa agrupación de estados, unidos en su principio por la comunidad de intereses, de religión, de lengua y de tradiciones, que forman el mundo griego; pero estados trabajados siempre por ardientes y vivas rivalidades, y en donde las oligarquías tiránicas y las democracias demagógicas debilitaban sin cesar el espíritu público y preparaban la ruina de aquel pueblo, que supo producir genios como Pericles, que

dan nombre á un siglo; cantores como Homero que, con su *Iliada* y su *Odisea*, al narrar la cólera de Aquiles y la vuelta de los Griegos vencedores á sus hogares, conquistó, como ha dicho un historiador, con su inspirado numen el cetro de la civilización para el Occidente; pueblo que vió nacer á Hesiodo, clásico pintor de las virtudes domésticas y religiosas de la Grecia; y los líricos Píndaro, Simónides y Anacreonte; y los trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides; pueblo que dió aliento al sublime Demóstenes, personificación de la elocuencia humana, el cual con la palabra manejó á su albedrío todas las pasiones de Atenas y de la Grecia; pueblo que guió la pluma de Herodoto, Tucídides y Jenofonte; dió cinceles á Fidias, Praxiteles y Lisippo para esculpir en el mármol la forma humana, haciendo latir bajo la fría é inerte piedra todo el realismo de ardorosa vida; prestó sus coloridos y bellezas á Zeusis y Apelles, glorias del arte pictórico; inspiró la fantasía de Pitágoras, Demócrito, Empedocles, Platón, Tales y Euclides para impulsar las ciencias físico-naturales y abstractas; fundó con Sócrates la humana filosofía en el estudio del hombre, *Nosce te ipsum*; método que desarrollaron, Platón, fiel intérprete del genio helénico, con sus ideas de lo uno, de lo bueno, de lo verdadero

y de lo bello, cuya razón última existe en Dios, y Aristóteles, observador profundo, que haciendo reales las ideas en el hombre y en la sociedad, aplicólas á la vida en toda la serie de los hechos que la determinan; pueblo que hizo resonar en las orillas del Eufrates y del Indus la lira de sus poetas; que estremeció las pirámides de los Faraones al bélico rumor de sus hazañas; y que en la personificación del grande Alejandro «soñó unir el Oriente con el Occidente y regir el mundo con el cetro abandonado por Darío en Arbela en una mano, y las obras de Aristóteles en la otra» (1).

Vano empeño; Grecia tenía marcado su destino en la ley providencial de la historia; ella educa y prepara á Roma, abriéndole el camino del Oriente; su lengua, hija predilecta del sanscrito, llena de armonía, concisión, galanura y belleza, será la lengua del mundo, que lleve la buena nueva á todos los pueblos del orbe; pero Grecia, descuidada de su organización social, manchada con el estigma de la esclavitud, mirando envilecida la mujer y con ella la familia; Grecia, trabajada por sus disensiones intestinas y ambiciones soberbias, debía desaparecer. Y al morir (como dice el historiador citado antes),

(1) España.—Lledó.—Obra citada.

fué Alejandro el que con la espada difundió su postrer suspiro por el mundo, «dejando que el águila legionaria coronara las antiguas ciudades, antes que con su sombra protegiese su recinto la cruz del Redentor, del Cristo.»

Roma, señores Académicos, aparece en la historia como la síntesis de Oriente y Grecia, resumiendo en su vida y desarrollando en sus instituciones, junto con la inmovilidad imperterbable y despotismo severo de las aristocracias orientales, el movimiento y agitación, las cadencias y armonías, el sensualismo y placeres de los Griegos; pudiendo decirse que, vencida Atenas como poder y avasallada por el Coloso romano, infiltró ella en sus vencedores la idea de su espíritu, haciendo resonar en las orillas del Tíber y en las riberas del Eurotas una misma Teología, un mismo culto, una filosofía idéntica, é idénticas doctrinas.

El helenismo había dado ya todos sus frutos, y Dios preparó á Roma y dió á sus hijos el valor invicto y la constancia que orna la frente de los conquistadores, para esparcir esos elementos sobre toda la tierra, mientras que, atando á su carro de triunfo una tras otra todas las naciones del orbe, preparaba en la unidad material de su universal ímperio la base á la grande unidad moral, que había de realizar Aquel

á quien fueron dadas en herencia todas las gentes y todos los reinos de la tierra.

Formada Roma por la fusión de los latinos, sabinos y etruscos, engrandecida durante su monarquía por Numa, Tulo-hostilio y Anco Marcio, que funda la ciudad de Hostia; después por el etrusco Tarquino I, que la embellece y adorna con templos y edificios, dando principio á la edificación del Capitolio, ella siente nuevo impulso bajo la acción de Bruto, que al frente del Patriciado arrolla la monarquía y establece la república, candente arena donde en incansable lucha los plebeyos, avanzan palmo á palmo hasta obtener su nivelación política con los patricios, invistiendo á Sextio de la jurisdicción civil propia de los Cónsules; y sin amenguarse el ardor bélico de los romanos por las incesantes luchas y discordias civiles, ansiando dominar el mundo, y pasear por él sus invencibles águilas, combaten con los pueblos latinos hasta dominar la Italia toda, triunfantes en Benevento; hollan en los campos de Zama los timbres y laureles de Cartago, ahogando en los charcos de sangre del combate la civilización oriental, que aquélla representaba: vencen en mil batallas á los reyes de Oriente, despertando los dormidos dioses de sus bosques al rudo choque de sus fieras lanzas; y dueños de la Galia, España,

África, Iliria, Mesia, Grecia y Macedonia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto y las Islas del Mediterráneo, reúnen y sintetizan su espíritu en César, gigantesco coloso como hombre, como guerrero, como político, cuyos vastos proyectos describe un publicista contemporáneo diciendo, «quería la unidad del mundo abriendo las puertas del Capitolio á todas las gentes; quería la unidad del derecho reuniendo en un solo código todas las leyes romanas; quería la unidad religiosa levantando un templo en medio del Campo de Marte, donde cupieran los dioses de todas las teogonías.... quería, pareciéndole estrecho el Occidente, donde le faltaba tierra para plantar sus ideas y sangre para regarlas, ir al Asia, recorrer sus inmensos desiertos, llamar á la vida á las generaciones dormidas al pie de sus muertos dioses;.... descender por el Cáucaso á buscar ese río de razas bárbaras que incessantemente desembocaba en Europa y atajarlo con su espada;.... y así el imperio, limitado de todas partes por los mares, encerrando en su anchuroso seno el Asia y el mundo bárbaro, sólo se hubiese destruído el día en que Dios hubiese estrellado en los espacios la tierra.» ¡Soñada gloria!! ¡Vano esfuerzo!! el puñal de los Brutos y los Casios le hacía caer poco después inerme al pie de la estatua de Pompe-

yo; y el imperio de Octavio Augusto, en que resplandecen líricos como Tíbulo y Propercio, poetas como Ovidio, Horacio y Virgilio, historiadores como Tito Livio, jurisconsultos como Labeo y Capitón, y artistas como Vitrubio, marca la hora suprema en la gran ley providencial que rige las sociedades, haciendo que de la lucha y roce de tantos elementos combinados para formar esta grande unidad romana; de la misma opresión y tiranía que les ha venido fundiendo y amalgamando, cual se funden en la atmósfera las nubes arrastradas por opuestas corrientes, brote la aurora purísima del Cristianismo, cual brilla la luz de la alborada tras la deshecha tormenta.

El rudo estruendo de los combates sostenidos por la Señora del mundo, y el vertiginoso clamoreo de sus impuras bacanales, no logran apagar el eco lastimero de millares de esclavos hacinados en el ergástulo, pálidos, extenuados, harapientos, temblando al crujir sobre sus desnudas carnes el feroz látigo de sus verdugos; el brillo y esplendor material del siglo de Augusto no era bastante á encubrir la vergonzosa lepra que gangrenaba las costumbres romanas. No había familia, porque el celibato del vicio había matado todas las generaciones en su fuente; la sangre de los esclavos se derra-

maba en medio de los festines, para despertar con su aspecto á los convidados dormidos en el triclinio de oro; Cayo-graco gastaba en un día cien mil sextercios en un banquete, gigantesca comida que consumía las rentas de tres provincias; Esopo el trágico sirve en su mesa un plato que cuesta setenta y tres mil ochocientos reales; Clodio hace disolver una perla en vinagre, para beber de un solo trago la suma de setecientos treinta y ocho mil reales; y para terminar el cuadro, dejadme decir con el libro sagrado de la *Sabiduría*: «Los hombres sacrifican sus hijos en altares impuros, verifican ritos insensatos en misterios nocturnos, manchados de infamia; no respetan la vida ni la pureza de los matrimonios; el odio arma todos los brazos; el adulterio mancilla todos los corazones en el seno de una horrible confusión; por todas partes, sangre, homicidio, robo y mentira, corrupción é infidelidad, rebelión y perjurio, olvido de Dios, contaminación de las almas, inestabilidad de las uniones, desórdenes entre esposos y suprema lujuria!!» Ved ahí despojado de todos los encantos de la poesía, de todas las seducciones de la forma, el cadáver del Paganismo. Mas ¿por qué no vive ya en el seno de la humanidad, cuyas entrañas desgarró y cuya sangre bebió á torrentes durante cuarenta siglos?

¿Por qué, cuando tocaba el cenit de su grandeza y encadenaba el mundo bajo el férreo yugo de su poder despótico, se eclipsa el astro de su gloria, enmudecen sus oráculos, se apaga el sagrado fuego de sus altares y la sociedad se conmueve y estremece como agitada por el estertor de la muerte? Es, señores, que ya alborean los primeros destellos del sol de la reparación; y cumplida la ley providencial que preside á la humanidad en la primer vertiente de la historia, la Roma del Capitolio desaparece, para renacer convertida en la Roma de los Pontífices.

Durante ese largo período que llevamos historiado, un eco de esperanza recorre toda la tierra y confunde en unísono acento los oráculos de Delfos y de Cumas con la voz inspirada y profética de Israel.

El tipo de un Dios libertador se encarna en todas las teogonías de los pueblos orientales; inspira la poesía de Occidente haciendo decir á Virgilio: «*Ultima Cumæi venit jam carminis ætas,*» etc.; arranca al orgullo filosófico de Sócrates y Platón la confesión de la necesidad del *Logos*, del Dios sabiduría y poder, diciendo por el labio de Alcibiades: «Cuando yo vea ese día deseado, ofreceremos coronas y los dones que prescriba la nueva ley;» y en el silencio que ocasiona la paz producida por Au-

gusto, silencio parecido al que reinaba en la creación cuando el Omnipotente se inclinaba sobre el caos de la materia primigenia para darle forma, colorido y belleza, voz poderosa descendida de los cielos entona el cántico del universal rescate, cuya primera nota se engendra en los esplendores de la gloria, y cuya postrer armonía se produce en las profundidades del alma humana, diciendo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios, y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.»

La persona divina de Jesucristo aparece iluminando todos los horizontes de la historia; el árbol divino, cuyas raíces penetran en cuarenta siglos de preparaciones proféticas, de dulces esperanzas, comienza á esparcir sus lozanas ramas en la segunda vertiente de la historia, engalanándose con las flores de la Fe y los frutos de la adoración universal; y esa aureola de esperanza, de Fe y de amor, que inunda la frente del Cristo Dios, desafía todos los esfuerzos del escepticismo y confirma la tesis que venimos estudiando; el movimiento de la historia antes de Jesús tiende providencialmente á preparar á la humanidad para la regeneración; después de Jesucristo se dirige á difundir y establecer su reinado en las almas y en la Sociedad.

Ni los límites de un discurso permiten analizar en su longitud, latitud y profundidad el vasto plan civilizador que desarrolla la religión católica en el período veinte veces secular de la edad cristiana, ni me permitiera jamás cansar vuestra bondad, tan concedora como amante de esa institución grandiosa.

Mas hasta ahora sólo hemos trazado como la sombra y el fondo del cuadro; dejadme, señores, aunque á grandes rasgos, trazar la divina figura de Jesucristo, casta, ideal, hermosísima, y recoger su dulce mirada, más apacible que la luz del primer astro de la tarde, más tranquila que la superficie del lago que rizan perfumadas brisas; dejadme recibir de sus labios, más puros que la flor que abrió su cáliz á la primera luz de la creación, aquella celestial y sencilla doctrina que regenera el espíritu y renueva la sangre, como si fuese la esencia de la vida; dejadme oír su amoroso acento lejos del Areópago y del Foro, en la soledad del desierto, bendiciendo la pobreza, la mansedumbre, las lágrimas, la pureza del corazón, la paz del alma, los grandes martirios sufridos por la causa de la justicia; dejadme contemplar á ese divino é infatigable obrero levantando el aluvión de tanto sensualismo, de tantas degradaciones y envilecimientos, como atrajeron sobre la intelligen-

cia los orgullos humanos, y depositar en el surco primitivo del alma el germen de la pureza, con cuyos delicados filamentos ha de tejer el hombre el blanco cendal que le asemeje de nuevo á los ángeles; dejadme ver cuál descendiendo de su majestuosa y augusta frente ese destello de autoridad que sancionará todo poder, y hará ya imposibles en el mundo las despóticas tiranías, y oírle discernir los campos en que deben moverse harmónicamente los poderes civil y religioso, en aquella sublime frase: «Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César;» dejadme besar aquellas divinas manos que fabricaron los cielos, clavadas á la cruz, árbol de eterna vida, que con sus flores perfuma nuestra existencia, poderosas aún para romper las cadenas del esclavo, y proclamar, con la dignidad y libertad del hombre, la igualdad ante la ley, base que debe sustentar el nuevo derecho, y pulverizar para siempre las odiosas castas y vergonzosas servidumbres; dejadme adorar aquella sangre de precio infinito que dió á la mujer su primitiva dignidad y santificó el hogar doméstico; dejadme, en suma, penetrar en el gran templo de la verdad católica, para buscar allí al Dios espíritu y verdad y abrasarme en el fuego de su amor purísimo. Y cuando contempléis esas cohortes gloriosas que salen de

las catacumbas á la faz del imperio, como doradas mieses que produce fértil campo; y cuando del ergástulo y las lampreas, del anfiteatro y el circo se alcen inmensas legiones de héroes invictos, movidos como por un solo resorte, no penséis que son los plebeyos que corren al Aventino para oponerse á los cónsules, nó; es el ejército de los confesores de Cristo que, cantando el himno de la libertad del pecado y de la culpa, corren á grabar con caracteres de oro sobre la columna de Trajano este lema victorioso: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

La Roma pagana debía morir, como mueren todos los pueblos que han llenado su destino providencial en la historia. Falto el imperio de unidad en sus doctrinas, desprovisto de creencias religiosas, que son el espíritu de las sociedades, embrutecida la plebe, corroídas las costumbres por la crápula y la lascivia; en lucha con las nuevas creencias, que desde las criptas y las catacumbas llevaban su acción á todas las esferas del pensamiento y á todas las manifestaciones de la vida, el imperio se desmorona y cae, cuando el relinchar de los corceles visigodos le anuncia el azote de los Alaricos y Clodoveos, nuevos elementos que la Providencia ha de fundir en el puro crisol del Cris-

tianismo, para sacar de allí las modernas civilizaciones.

La verdad triunfa siempre de todas las tiranías y de todas las opresiones que la disputan el dominio de las almas; por eso tras de ese período que recorre la nueva idea desde Nerón á Trajano, y desde Trajano á Domiciano, en que los cristianos que practican la ley del amor para renovar el mundo con la esperanza, y firmes en la Fe defienden su nobilísima dignidad, proclamando la unidad de Dios y la divinidad de su Verbo, son arrastrados por las calles, arrojados á los hambrientos leones, á los tigres, á las hogueras, y desgarradas sus carnes con garfos, hasta bañarse los tiranos en la sangre de sus víctimas; tras de los obstáculos que oponen á la propagación de la nueva enseñanza Simón Mago, los Gnósticos, Maniqueos y Montanistas; al poderoso ariete del Arrianismo, que dirige sus envenenados dardos al corazón mismo de la naciente institución, la ley providencial histórica opone el edicto de Constantino, que autoriza la vida pública y la paz de la Iglesia; el concilio de Arlés, en que cuatrocientos obispos fulminan anatema contra Montano; el concilio universal de Nicea, en que se declara el símbolo de la Fe, que repetirán las generaciones hasta el último instante de los tiempos;

la célebre Academia de Alejandría, en que florecen San Clemente y Orígenes; la escuela Occidental cristiana, en que se forman San Ireneo, San Cipriano y Tertuliano; el espiritualismo de aquellos anacoretas que, llenos del pensamiento de la eternidad, despreciando los perecederos goces del mundo, buscan asilo seguro en el estéril desierto, en los nidos de las águilas, en las madrigueras de los leopardos y tigres, para elevar al cielo el aroma suave del amor divino que consume sus almas, como protesta contra el sensualismo dominante desde la Libia hasta el mar Negro, atrayendo á su derredor las gentes sedientas de lo infinito, y fecundando con sus virtudes aquellas abrasadas soledades; y por último, la acción poderosa del inmortal español, del genio sublime de Teodosio, que destrozando las antiguas aras, arrancando á su pedestal los idolos, deshechas las coronas que ornaban la frente de las víctimas, hizo descender de su trípode los augures y divinadores, y sobre los hacinados escombros de aquella civilización primitiva y grosera levantó la Cruz de Jesucristo, símbolo de verdad y justicia y foco purísimo del espíritu de amor que venía á renovar la humanidad.

Y mientras el Cristianismo con su celestial enseñanza alumbra la conciencia y purifica la

vida, la Providencia, que, sin menoscabar en un ápice los altísimos fines que la impulsan, hace expiar á las naciones, como hace expiar al individuo, los grandes crímenes que mancharon su vida, cual olas gigantescas de mar embravecida, que se empujan y suceden con creciente violencia, de las orillas del Rhin y del Danubio hace brotar y caer sobre las suntuosas moradas, en que los romanos dormían el sueño del placer y los deleites, espantosos bárbaros, cuyos labios conservaban aún la sangre de la carne cruda que habían devorado, para que se ceben en los perfumados cuerpos de los Señores del mundo, como la hambrienta fiera en las entrañas de su presa.

Atila, engendrado entre el fragor de los combates, vigoroso, fuerte, de robusto brazo, de ojos que despiden el fuego de la guerra, alentando sólo venganza, es el torbellino de fuego que calcina y pulveriza á su paso las Galias, Metz, Treves, Reims, la Italia y Roma. Genserico, astuto, cruel, vengativo, blandiendo atroz espada, incendiando las ciudades y los bosques para que le sirviesen de antorcha en su camino, dejando siempre en pos de sí regueros de sangre, es la venganza de Dios que reduce á cenizas á Cartago, busca pábulo á su codicia en las riquezas que atesoran las costas de Italia, y que,

colocado sobre las ruinas de todas las grandezas y de todos los monumentos de la civilización romana, al dirigir su insultante mirada al mundo, muéstrase como la imagen del ángel del exterminio.

Roma, dice un historiador (1), había provocado la cólera de los bárbaros. Sus legionarios les habían perseguido hasta lo más intrincado de sus enmarañadas selvas; pero llegó el día de la venganza, y los ejércitos que habían querido robarles su libertad fueron deshechos como la espuma. La ardiente lava de los pueblos germanos borró la unidad material de los pueblos sometidos á Roma, que dejó de ser la Capital del mundo. Desaparecieron su constitución política, su religión y sus costumbres; pero á la idea del poder central que ella creara, á su régimen municipal, su derecho, su lengua, su literatura, su arte, uniéronse los hábitos y costumbres rudos, altivos é independientes de los hijos del desierto: sobre la nueva alianza envió el Catolicismo el soplo de su amor, que todo lo vivifica, lo suaviza, lo estrecha, lo engrandece; y cuando, disipado el humo de los incendios que ennegrecía el espacio, la humanidad asombrada buscaba con mirada intranquila asilo don-

(1) España.—Lledó.

de refugiarse, halló al grande Obispo de Hipona, que, recogiendo el eco de las escuelas cristianas de Oriente y de Occidente, condensando las enseñanzas de Osio de Córdoba, Paciano de Barcelona, Basilio, Gregorio de Nacianzo y Ambrosio de Milán, ofrecía al mundo la Ciudad de Dios, la patria de los verdaderos amores, de cuyo sagrado vestíbulo iban á brotar las nuevas civilizaciones cristianas, con los gloriosos hechos que llenan el tiempo y el espacio durante la edad media.

Señores Académicos, al llegar á esta altura de mi pobre trabajo, lo confieso con ingenuidad, desfallezco ante la magnitud del espacio que me resta que recorrer; ¡he cansado ya tanto vuestra prudente condescendencia!!!.... No podré ya sino señalar puntos culminantes, desde donde vuestra acreditada ilustración descubra el conjunto armonioso en que, desarrollándose la ley providencial histórica, agranda el reinado social del Hombre-Dios en la tierra.

En ese largo período de la edad media que abraza desde la conversión de los bárbaros á la luz del Catolicismo hasta la vergonzosa apostasía de Lutero y aparición de la Reforma, la Iglesia, viva encarnación de Jesucristo, cuerpo místico de esa cabeza divina, que la compenetra y sostiene con su poder sobrenatural, es el

único faro esplendente que alumbra los senderos de la civilización, mal que pese al incrédulo racionalismo, que afecta desconocerlo.

Al estudiar las relaciones que determinan las nuevas monarquías levantadas bajo tan poderosa égida y los códigos que ellas forman; la manera con que la idea católica se infiltra y propaga en la sociedad, á la par que llena con sus monasterios los inhabitables bosques y las regiones más montuosas; la renovación del imperio de Occidente por Carlomagno; las alianzas de los Carlovingios con la Santa Sede; las invasiones de los Normandos; el feudalismo y el imperio; al traer á la memoria las Cruzadas y las Órdenes mendicantes, la escolástica y los cismas de Focio y de Occidente, la preponderancia del poder real, la caída del imperio y el siglo de los descubrimientos; al contemplar ese vastísimo cuadro, creemos poder decir con un historiador ya citado, «que todos los grandiosos hechos de la edad media se condensan en uno, *la unidad católica*, puesto que á ella todo se subordina; y cuando la soberbia rompe esa unidad con mano sacrílega, la edad media desaparece, pero dejando á las edades venideras el legado fecundo de la dignidad del hombre restablecida, del arte vigorizado por la inspiración y el sentimiento, de las libertades políticas asegu-

radas, de la ciencia caminando á pasos de gigante por las regiones de la verdad, de la imprenta que eterniza el pensamiento y de la brújula, en fin, que ha permitido explorar desde el ecuador hasta los polos.

La Iglesia que, con la caída del imperio romano de Occidente y la irrupción de los bárbaros, quedaba libre de la funesta intervención de los Emperadores en los asuntos religiosos, consagra toda su actividad á defender valerosamente la libertad y la Fe de las poblaciones dominadas por la raza descendida de la Germania, á humanizar sus costumbres, á purificar el corazón de la mujer, elevándola á la altura de compañera del hombre y ángel del santo hogar de la familia, dándola ese dulce poderío con que, guiada del sentimiento religioso, una esclava convierte todo un pueblo al lado allá del Danubio, Genoveva salva á París del furor de Atila, Clotilde convierte á Clodoveo, Ingunda á nuestro mártir San Hermenegildo y Teodolinda á los Lombardos heréticos.

Á la invasión bárbara, que destruye y aniquila todo el viejo elemento de la civilización romana, une el Catolicismo otra invasión moral más poderosa, para hacer brotar del caos de la barbarie un mundo de luz y de progreso: tal es la institución del monacato, que representa

en Occidente Benito de Nursia, el cual derribó un templo de Apolo en el Monte Casino, para levantar en su lugar el célebre monasterio.

El monje, más fuerte por sus virtudes, su austeridad y su penitencia bajo el tosco sayal, que el Huno y el Godo bajo el acero de su coraza, domina con su mansedumbre al feroz hijo de las selvas; y allí donde el conquistador germano dejó como huella de su paso ruinas ennegrecidas por el incendio, campos talados, muerte y exterminio, allí el monasterio elevará su cúpula al cielo; á la sombra de la cruz un pobre monje será el legislador del trabajo, de la continencia y de la pobreza voluntarias; allí, á la tenue luz de los claustros, se recogerán los dispersos elementos de la ciencia, y con laboriosidad inquebrantable se unirán y brillantarán los eslabones de la cadena de los conocimientos humanos; allí se escribirá una regla que, durante seis siglos, será sol que ilumine la Europa y como ley y fuerza viva que, empujando esas legiones pacíficas, nacidas para la abnegación y el sacrificio, convertirá las ruinas en ciudades, los eriales en jardines, los desiertos en poblados, y el rudo y feroz hijo de Odín en civilizado creyente.

Bajo la acción del principio católico, no obstante la rudeza y esterilidad de este histórico

periodo, álzanse oradores como San Remigio y Sidonio-Apolinar; historiadores filósofos, como Salviano y Gennadio, que continúa la historia literaria de San Gerónimo; pensadores como Boecio, teólogos como San Gelasio, Sinmaco y San Gregorio de Tours, y pontífices como San León y San Gregorio, ambos grandes; mientras nuestra España mira al Obispo convertido en defensor de las ciudades, *defensor civitatis*, y realiza las célebres asambleas de Toledo, Lérida, Agde, Valencia y otras, cuya influencia social no necesito encarecer, vense cultivadas las letras y las ciencias por los Isidoros, Fulgencios, Eutropios, Juan de Biclara, y Braulio de Zaragoza; la poesía halla sus ecos en Máximo y Prudencio, Eugenio y San Ildefonso, y hasta los himnos y los cantos populares son reveladores de esa civilizadora influencia con que el Catolicismo lleva á todas las esferas, junto con los principios morales y las eternas verdades de Jesucristo, que encarnan la justicia y el derecho, todos los gérmenes de paz y bienestar social.

Mirad, señores, el momento solemne en que el pontífice León III ciñe las sienes de Carlomagno con la diadema imperial, que le instituye supremo jefe del Occidente cristiano; estudiad el desenvolvimiento de esa monarquía has-

ta su desmembración bajo el cetro de los Carlovingios y la creación del nuevo imperio germánico en Otón I, cuya diadema le ciñe otro Pontífice para hacerle árbitro de la Europa durante cuatro siglos; la Iglesia guía, sostiene, ilustra y ayuda á los monarcas en sus empresas, retarda la decadencia del imperio, y en medio de la agonía de los Carlovingios, salva los principios vitales de la sociedad, y los inspira á las nuevas nacionalidades, que surgen de la general desorganización.

Un monje, el célebre Alcuino, es el alma de todo el movimiento literario y social de su época; de la escuela Palatina salen los profesores encargados de difundir la ciencia en todas partes; y, cuando la unidad Carlovingia se desmorona, sólo la Iglesia aparece firme en medio de la universal conflagración. Su palabra amorosa calma las disidencias; su potente anatema detiene á los ambiciosos; sus templos, sus monasterios y palacios sirven de asilo á los oprimidos y sus concilios limitan el poder de los Señores feudales y protegen la libertad de los ciudadanos.

Pero ¿á qué os fatigo y me esfuerzo acumulando hechos sobre hechos, para demostrar una verdad evidente? Sólo la historia de la reconquista de nuestro patrio suelo basta para

consignar la ley suprema histórica del mundo y la influencia del Catolicismo en la Sociedad.

Eclipsados los timbres de la estirpe goda en la derrota del Guadalete, de la ilustre cueva de Covadonga brota con Pelayo la monarquía de Asturias envuelta en el manto del sentimiento católico, á cuya sombra germina y crece el amor patrio, como la hiedra vive y se dilata adherida al tronco de frondoso álamo.

Religión y patria es el lema de su bandera, y bajo su egida, en Alfonso I el Católico purifica los templos que profanó la planta del Agareno; en Alfonso II el Casto triunfa de una nación orgullosa en Roncesvalles, mientras con Ramiro I tritura bajo los cascos de sus caballos al hijo del Islán en los campos de León, dilatando su dominio hasta la tierra de Campo.

Lleno del espíritu católico, vence Alfonso V al poderoso Almanzor; como Fernando I, ciñendo á sus sienes las coronas de León y de Castilla, llega victorioso al Guadarrama, dejando á su hijo Alfonso VI la gloria de llevar sus armas vencedoras á Toledo y purificar el santuario de la Virgen de la Almudena.

Alfonso VIII rompe en las Navas de Tolosa la barrera opuesta por las breñas de Sierra Morena, y así puede el Rey Santo realizar la conquista de nuestra hermosa Sevilla, y antes los

reinos de Murcia, Jaén y Córdoba. El sentimiento religioso inspira su famoso código al Rey Sabio; da fuerza al brazo de Alfonso XI para acabar con el Islamismo en la jornada del Salado, escribiendo gloriosa página, que recuerda cuánto vale el amor patrio cuando le alienta y dirige la Fe religiosa.

Aun en medio de los turbulentos reinados de los Pedros, Juanes y Enrique, en los cuales se enerva la monarquía castellana, el genio del Catolicismo calienta y vigoriza la literatura y la ciencia; el diálogo y la égloga se animan con Santillana y Rodrigo de Cotta; la epístola cobra vida bajo la pluma fácil de Cibdarreal; la crónica, ennoblecida por Ayala, toma sabor histórico con Díaz de Gámez, Álvar García y Pérez de Guzmán, el autor de las *Generaciones y Semblanzas*; Juan de Mena imita á Dante en su *Labyrintho*, mientras Jorge Manrique escribe sus *Elegías* rebosando ternura de sentimiento; y brillan Alfonso de Madrigal (el Tostado) y la familia Santa María ó Cartagena, de la que D. Pablo escribe su *Scrutinium Scripturarum*, D. Gonzalo la historia latina del reino de Aragón, y D. Alfonso el *Doctrinal de Caballeros* y el *Memorial de Virtudes*. Y cuando los inmortales Fernando é Isabel I de Castilla han celebrado su desposorio ante el altar católico, y el león

de Castilla descansa al abrigo de las torres de Aragón; desde las márgenes del Duero y los campos de Toro, en que abaten la altivez de D. Alfonso el Africano, hasta el instante supremo en que el invicto Hernán Pérez del Pulgar clava con la punta de su daga el AVE MARÍA en las puertas del palacio de filigrana y encajes de la morisca Alhambra, la grande epopeya de nuestras glorias de ocho siglos es á la vez el cántico eucarístico, que publica lo que puede un pueblo de héroes cuando en su frente brilla inmaculado el amor santo de la patria y en su corazón anida y reina el sentimiento católico civilizador.

¿Á qué, señores, detenerme ya en estudiar ese otro grandioso hecho, inspirado por el Catolicismo, las Cruzadas, que preservaron la Europa de la invasión de los turcos Seldjucidas, sostuvieron el imperio griego, unieron los pueblos cristianos en una misma idea, debilitando las rivalidades nacionales, contrariando el feudalismo y abriendo esa mutua comunicación entre el Oriente y Occidente, que lleva allí las luces civilizadoras del Evangelio, y vuelve de allá cargada de riquezas para engrandecer las ciencias naturales, la Medicina, la Historia y la Geografía? ¿Será preciso que llame vuestra atención á esa providencial resistencia, como la llama Lau-

rent, que oponen los Papas á la lucha entre el sacerdocio y el imperio, para abatir todas las tiranías é impedir que la sociedad retrogradase á la época pagana? ¿Deberé desarrollar á vuestra vista la acción católica, por extremo grande durante los siglos XII y XIII, y mostrar al presuntuoso racionalismo las esplendorosas luces de ciencia y de virtud que ilustran esas edades? Bastaría, señores Académicos, recordarles que es el período en que se destacan Pedro Lombardo, Bernardo de Claraval, Alberto el Grande, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino, artífices del eterno y admirable edificio de la Teología escolástica; que, en menos de un siglo, se fundan universidades en París, Oxford, Palencia, Tolosa, Lérida, Salamanca, Nápoles, Cambridge, Viena, Upsal, Montpellier, Orleans y Coimbra; que durante ese período la Alemania produce el inmortal poema de los Niebelungen; Godofredo de Straburgo escribe su inimitable *Tristán é Isolda*; Gonzalo de Berceo canta con fe é inspiración ternísima, á quien sigue Juan Lorenzo de Segura; Italia recoge los suspiros de Francisco de Asís, Guitonne de Arrezzo y Guido Guinicelli; que es la edad en que el arte levanta los grandiosos monumentos de las catedrales de París, Colonia, Chartres, Straburgo y otras; la época en que Raimundo Lu-

lio deposita en su *Ars Magna* los gérmenes de una verdadera enciclopedia, y Arnaldo de Villanueva, Paracelso, Brant, Miguel Scoto, Cardán y Rogerio Bacón engrandecen las ciencias físicas, químicas y matemáticas; período de profunda fe religiosa, en que, como dice un historiador, al destello purísimo de la verdad católica, el alma alcanza á columbrar lo que nunca puede ver la razón seca y orgullosa de los racionalistas, esto es, las admirables armonías que existen entre todas las verdades que brotan radiosas y esplendentes del trono del Eterno, así como del sol salen todos los rayos que nos iluminan.

Hemos llegado, señores, penosamente al período en que por desgracia el espíritu cristiano, que había animado la civilización, decae; en donde se mezclan, en confusión espantosa, los elementos de orden y desorden, luchan las inteligencias, dudan y vacilan: tiempo de cisma y desenfreno para el pensamiento y el corazón. Y, al estudiar los acontecimientos que preceden á la Reforma; al contemplar á Colón engastando un mundo en la diadema de nuestros Reyes; á Copérnico y Kepler señalando leyes al sistema del universo, á Rodio y Harbey revelando las de la vida en la circulación de la sangre; al descubrir esa falange de artistas y poetas, Ficino,

Miguel Ángel, Falopio, Ariosto, Camoens, Calderón, Shakespeare; al ocupar la mente los nombres de *Carlos V*, *León X*, *Segismundo I*, *Cellini*, *Savonarola*, *San Carlos*; cuando nos asalta la repugnante figura de Lutero, arrancando el velo del pudor que cubría la frente de Catalina de Boré, para escribir en él el código de la Reforma, el alma desfallece, la pluma cae involuntariamente de la mano, el corazón llora sangre!!! Mas alentad, señores; que de ese confuso caos de doctrinas, principios y fuerzas, que ha producido la piqueta demoledora del libre examen, el Catolicismo sacará toda la grandeza de las edades modernas; que no envejece el árbol robusto de la Religión; y de la roca estéril brotan raudales de agua cristalina, cuando la toca el dedo del Dios que cabalga sobre los aquilones.

Señores, vuestra ilustración sabrá dispensarme si omito el estudio de los tres últimos siglos, en que tan duras pruebas ha experimentado el Catolicismo; pero en los que tantos laureles han coronado su inmaculada frente. Parece, después del estudio que hemos realizado, poder concluir «que la ley providencial histórica es Jesucristo; el mundo antiguo le prepara y profetiza; las generaciones católicas le siguen y forman su gloriosa corte. Dios todo lo

hizo, para la manifestación de la gloria de su Unigénito.

Y al terminar, permitidme vuelva al punto de mi comienzo, y os confiese que sólo vuestra bondad me ha sostenido y me alienta; y que os asegure como cristiano, como caballero y como sacerdote, que, fiel al lema de esta Real Academia de Buenas Letras, será mi mayor gloria trabajar en pro de la ciencia y de la verdad, seguro de que así lleno mi principal misión, que es la de llevar á todas partes el nombre y el reinado social de Jesucristo.

HE DICHO.

Sevilla, 24 de Noviembre de 1882.



DISCURSO

DEL SEÑOR

D. JOSÉ M. ASENSIO Y TOLEDO

DIRECTOR DE LA ACADEMIA

EN CONTESTACIÓN

AL DEL SR. BERMÚDEZ DE CAÑAS



Señora:

QUE la Real Academia Sevillana de Buenas Letras puede estar satisfecha y hasta orgullosa de la elección que ha hecho, que el nuevo Académico sabrá honrar con valiosos timbres los muy antiguos merecimientos de la Corporación, aumentando con sus talentos los frutos de la *Minerva Bética*, verdades son que están en la conciencia de todos, y que se demuestran con harta claridad en el brillante, profundo y elocuentísimo discurso cuyas alabanzas palpitan aún en vuestros labios, y durarán todavía mucho tiempo después de haber terminado los ruidosos aplausos con que lo habéis acogido.

Pero ese magnífico trabajo que así ha cau-

sado entusiasmo en tan ilustrado auditorio ¿no pone de manifiesto al propio tiempo, y con más claridad todavía, otra verdad que tampoco necesita demostraciones? ¿No indica, no expresa, no significa á todos la difícil posición en que se encuentra colocado el que ha de hacer oír su voz después de voz tan elocuente, y ha de procurar en vano llamar vuestra ilustrada atención con débiles frases, cuando aún estáis embargados por el recuerdo, absortos en la contemplación, y saboreando, si se me permite la palabra, las múltiples bellezas de concepto, de estilo y de elocución que acabamos de oír, y cuya armonía resuena en nuestros oídos, como nos encanta la reminiscencia de una música sublime mucho tiempo después de haber cesado de escucharla?

Precepto es de la oratoria y recurso en el orador pedir atención y suplicar benevolencia. Todos los que me escuchan comprenderán que en el día de hoy, en este momento, no es en mí cumplimiento de una fórmula de costumbre, sino verdadera necesidad el solicitarla; que más todavía que benevolencia, indulgencia, disculpa y hasta perdón necesita el que llenando un deber de Reglamento, y por acceder, sin premeditar las consecuencias, á una cariñosa invitación, ha echado sobre sus hombros carga tan grave,

cuando ciertamente no cuenta con fuerzas para salir airoso del compromiso contraído. En agradecimiento á vuestra indulgencia, seré breve, para no abusar de la atención que se me concede.

Dignísimamente ocupado encontrará la Academia el lugar que en la Sección de Ciencias Morales y Filosóficas correspondió durante un dilatado período de años al señor D. Manuel de Campos y Oviedo, querido cuanto docto maestro de gran número de letrados que hoy brillan en el foro sevillano y en el de la capital de la Monarquía; que por sus méritos ha ascendido á Académico Preeminente, dejando una vacante de Numerario, sin que tengamos que llorar la falta de ningún compañero, sin que el Cuerpo vea un hueco doloroso que la muerte haya causado en sus filas; sino, antes por el contrario, teniendo motivo en esta recepción de duplicados plácemes y enhorabuenas.

Enaltecen al señor D. Francisco Bermúdez de Cañas, que viene á sucederle, tanto ó más que su elevada dignidad eclesiástica, como Deán del Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, sus propias dotes naturales y su saber profundo. Sacerdote ejemplar, orador sagrado de merecida fama, cuya palabra, tan florida, fácil y copiosa como llena de unción evangélica,

sabe atraer, persuadir, conmover y cautivar, y cuyos conceptos, profundamente morales, altamente severos, se introducen en el alma de los oyentes envueltos en suavísimo perfume de caridad y de dulzura, bien puede decirse que no viene aquí por nuestros votos, sino por su propio derecho, porque, como decía al comenzar, sus talentos contribuirán á que fructifique con mayor lozanía el árbol de la *Minerva Bética*, nos ayudarán á difundir y propagar la afición á los estudios, y serán nueva gloria de la Corporación.

Razón tiene el señor Bermúdez de Cañas al asentar que el movimiento de la historia antes de Jesús tiende providencialmente á preparar el camino para la regeneración; sintetizando oportunísimamente su pensamiento con decir, que el mundo antiguo le prepara y le espera. La tesis se desenvuelve en un cuadro tan completo, tan gráfico, tan lleno de luz, de color, de armonía, de sentimiento y de verdad, que nos parece seguir á las naciones en su marcha bajo la guía de la Providencia, suspirando por tiempos mejores, y preparando la unidad material para hacer posible y fácil la anunciación de la buena nueva. Imperios, repúblicas y monarquías pasan á nuestros ojos en la hermosa reseña que nos traza el nuevo Académico, en tér-

minos que nos hacen recordar los más brillantes períodos del gran Bossuet y los más armoniosos de nuestro elocuente tribuno D. Emilio Castelar.

Á esta parte del discurso que acabamos de escuchar no puede tocársele, por temor de desnaturalizarla. De ella tomaremos la conclusión concentrada en una valiente frase del heterodoxo Ernesto Renán: *La historia de la humanidad no se comprende sin Jesucristo*. Como faro para las edades antiguas, como fuente y venero del bien, de la verdad, de la justicia para las modernas, está la cruz en el punto culminante de la historia de la humanidad. Á ella se dirigían los deseos, las miradas, los pasos todos de las naciones que precedieron á la venida de Jesús y á la predicación del Evangelio; de ella nacen, se desprenden y brotan todos los adelantos de los siglos posteriores.

En este punto recogeremos la exposición de la teoría tan magistralmente expuesta, nó para intentar mejorarla, ni menos para contradecirla, sino para aprovechar la oportunidad que se nos ofrece de hacer algunas ligeras consideraciones sobre la influencia del Cristianismo en la existencia de las modernas nacionalidades, y sobre la evolución científica que hoy aparenta contradecir su sabiduría, su fe y su doctrina,

cuando en realidad y en su concepto final ha de venir á demostrar sus eternas verdades.

Dentro de la filosofía de la doctrina de Jesús, en los dogmas de su Fe, en su enseñanza está condensado, contenido, preparado cuanto necesita el hombre para llegar á la perfección. Todos los adelantos humanos han de concordarse con la filosofía del Evangelio; allí está la doctrina destinada á fructificar en tiempo y sazón oportuna; allí están las explicaciones de cuanto puede saber, de cuanto puede adivinar el espíritu del hombre en la incesante actividad de su continuo trabajo. Nunca la ciencia puede ser contraria á la religión; nunca descubrirá verdades que no concuerden con el libro eterno de la doctrina cristiana, ni llegarán los más grandes, los más originales, los más profundos pensadores á alcanzar conocimiento alguno, que, siendo verdad, se oponga á la verdad revelada ó no encuentre con ella su armonía y su concordancia.

La doctrina de Jesús es la última palabra de todos los progresos, es el progreso por excelencia, como lo ha demostrado un gran filósofo desde el púlpito de la basílica de Nuestra Señora de París (1). Jamás han existido verda-

(1) Le R. P. Félix.—*Le Progrés par le Cristianisme.*

deros conflictos entre la ciencia y la religión. Y es tan firme, tan profunda, tan sólida, tan arraigada en mí esta creencia, que entre todas las teorías modernas, entre todos esos grandes problemas que rodeados de ostentoso aparato científico hoy se presentan como descomunales fantasmas, como grandes escollos para la verdad evangélica, no encuentro ninguno nuevo, ninguno decisivo, ninguno que pueda ser argumento de contradicción de los dogmas y de la filosofía cristiana.

Sólo bajo este punto de vista pretendo dar alguna explicación al segundo extremo del discurso á que contesto. El mundo moderno es el desarrollo del reinado social de Jesus; es la difusión de su doctrina vencedora de todos los obstáculos, triunfando de todas las contradicciones; que ahora bajo nuevas formas, revistiendo caracteres más científicos, con otras apariencias se oponen á su planteamiento, como en la primera época antes de la predicación del Evangelio se opusieron á su preparación. Vencidos entonces, se han ido reproduciendo nuevamente en cada una de las herejías, en diversos sistemas filosóficos; pero la idea cristiana los ha ido subyugando, ha dado soluciones á todos los conflictos. Las dió en los pasados siglos como las da en nuestro tiempo, como las dará en el ve-

nidero, hasta que el reinado de la filosofía cristiana sea universal, y todas las inteligencias se humillen ante la cruz como enseña de la verdad y todos los corazones la amen como enseña salvadora.

¿No es extraño, señores Académicos, que uno de los más esforzados adalides del materialismo moderno, el autor de los *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, Jonh William Draper, sostenga como nosotros la afirmación de que los nuevos sistemas filosóficos discuten hoy exactamente los mismos puntos de controversia que ocuparon á los antiguos filósofos del Oriente y de la Grecia? ¿No es de admirar que paladinamente exponga que en los actuales momentos la evolución filosófica que tan pretenciosa se ostenta, disiente de la Fe en los mismos conceptos en que hubo divergencia en la antigüedad?

El mundo romano había tenido por carácter distintivo y peculiar una maravillosa unidad política, y la unidad material. Reflejadas en la ciudad las costumbres de todos los pueblos sometidos por la fuerza de las armas, acostumbradas las naciones más distantes á recibir como gracia el llamarse municipios ó colonias, y á gozar el derecho de Roma, ésta se convirtió en señora del mundo, y todos los placeres del mundo fueron llevados á Roma. En este solo rasgo

concentramos la causa de la corrupción de las costumbres tanto públicas como privadas del que llegó á apellidarse Pueblo Rey. Á la unidad material y política, mal aceptada y difícilmente mantenida, había de suceder por ineludible ley la separación. Pero antes de que ésta tuviera lugar había predicado Jesucristo en Palestina, y sellado con su preciosa sangre en el Calvario la nueva doctrina destinada á producir la unidad moral entre los nuevos pueblos en que iba á verse dividido el mundo romano. Al predicar la idea de un Dios único, al anunciar á los hombres la fraternidad enseñándoles el más sublime de todos los sistemas filosóficos con las palabras *Padre nuestro*, quedaba fijado el vínculo indisoluble, el lazo común que había de relacionar entre sí las nacionalidades modernas.

La doctrina de Jesús entrañaba conceptos tan profundos, traía á la vida social ideas tan nuevas, anunciaba una revolución de tal magnitud y trascendencia, que á la sola enunciación de aquel ideal, mucho más admirable, más extraño, más incomprensible, si se le juzga formado en el cerebro de un hombre, que creyéndolo inspirado por la Divinidad, el mundo romano se conmovió profundamente, las antiguas teogonías vacilaron, y cayeron, y la idea de un Creador Padre y Redentor fué acogida con en-

tusiasmo por los pensadores, con júbilo por los oprimidos, al paso que la escucharon con terror y asombro los tiranos, los poderosos, los opresores.

La primera resistencia fué por la fuerza. Los Apóstoles de la nueva idea sellaron con su sangre sus creencias; dieron la vida por su fe. Los que disponían de numerosos ejércitos, de hombres armados, de riquezas cuantiosas, de todos los poderes y medios que da la dominación, pretendieron destruir, aniquilar, borrar de la faz de la tierra á aquel otro ejército que se presentaba imponente, aunque sólo tenía por valedores á los desgraciados y por armas la humildad, la caridad y la pobreza. Y el resultado de aquella guerra fué enteramente contrario á lo que podía juzgarse por las probabilidades humanas; la fuerza fué vencida por la idea; de la sangre de cada mártir brotaron millares de confesores; la Fe triunfó; la razón se sobrepuso á la violencia, y el ejército de los débiles obtuvo la victoria sobre el de los poderosos. En esta primera lucha, trazada de una admirable manera por nuestro nuevo compañero, la gloria del Cristianismo brilla con tan esplendorosa luz, que ninguna nube puede ocultarla ni oscurecerla.

Desde Constantino hasta los principios del siglo IX, la idea cristiana, que salió triunfante

de las persecuciones, trabajó por la propagación de su dogma en todos los ámbitos del mundo, y para reorganizar la sociedad bajo los preceptos de su austera moral, en las nuevas monarquías nacidas á su sombra; igualando los derechos, enalteciendo á la mujer, é infiltrando en las instituciones el espíritu de caridad y en las costumbres el espíritu de humildad, que son bases de su doctrina. Sojuzgada la fuerza material por la fuerza de las ideas; cimentada y extendida la creencia en la doctrina de Jesús, aceptada por todas partes, entra, á pesar de sus triunfos, en otro período de lucha, más doloroso, más terrible para la Fe que el de las mayores persecuciones. Las herejías. Pero si detuvieron la marcha majestuosa de la obra civilizadora del Cristianismo, retardando su propio progreso, contribuyeron por otra parte á mantener vivo el ardor, estimulando los estudios, animando los espíritus con la controversia, y ayudaron á la propagación de la Fe cristiana. Los heresiarcas disentían de la Iglesia en puntos esenciales de doctrina, siempre con el intento ó el pretexto de buscar la más perfecta inteligencia de ella; y Pelagianos, Maniqueos, Nestorianos, Arrianos y tantos otros trataban de la Trinidad, de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, de la consustancialidad de las

Divinas Personas, del libre albedrío y de las más abstractas cuestiones del dogma, pretendiendo la mejor inteligencia; pero con sus delirios daban lugar á que se ocupase la atención de los Santos Padres, á que se reunieran concilios, á que los más profundos teólogos escribieran brillantísimas impugnaciones y apologías. En aquellas contiendas se purificaba el espíritu cristiano, cobraba vigor, y salía con nuevas fuerzas para continuar su misión civilizadora. ¿Quién podrá creer, exclama un célebre historiador contemporáneo (1), que hasta las mismas herejías sirvieron á la causa de la civilización y propagaron la idea cristiana?

Los Maniqueos penetraron en la India, en el Thibet y hasta en la China.... y los Nestorianos fundaron en Edesa la primera universidad cristiana. Muchos de los pueblos bárbaros, al caer sobre las provincias del Imperio, fueron conquistados por la herejía de Arrio; pero esto les sirvió de preparación para entrar á su tiempo con mayor facilidad en la plenitud de la idea católica, como aconteció á los Godos en España.

La marcha providencial de la humanidad nunca se comprende mejor, ni está más clara,

(1) César Cantú.

que en el momento histórico de la predicación de Jesucristo, y en los que le siguen. Roma, fabricando cadenas para todos los pueblos, asimilándose todos los Dioses de los vencidos, reuniendo á las naciones más diferentes por la igualdad de derechos de la ciudad, ignoraba el profundo concepto de la misión que venía desempeñando. En el momento en que la doctrina del Evangelio fué conocida, la unidad romana era innecesaria, había llenado su objeto, y para que el Cristianismo se hiciera religión universal, las naciones bárbaras rompieron como por encanto aquella unidad, crearon las nuevas nacionalidades, pero llevando ya entre sus nuevos elementos, como hemos dicho, la idea civilizadora de la unidad de Dios y de la unidad del linaje humano.

Solamente en un rasgo característico y trascendental puede retratarse la influencia del Catolicismo en la edad-Media, y la gran fuerza de aquel lazo moral que la Religión había establecido entre las naciones. Nunca faltaron entre éstos disensiones y guerras. La ambición, las emulaciones, los intereses encontrados, la rivalidad política, y hasta el deseo de engrandecimiento y conquista mantuvieron á los pueblos en perpetuo estado de perturbación, y momentos hubo en que la historia de la humanidad

pudo trazarse imaginando un extenso campo de batalla. Y en medio de aquella confusión, dominando el caos de las pasiones encontradas, sobre los odios, y la ambición y la soberbia se alzaba un poder nivelador, un juez imparcial y supremo, cuya fuerza descansaba en la idea religiosa, cuyo imperio se había ido formando en el terreno moral, y extendiéndose llegó á ostentar carácter de universalidad. Este poder fué el Pontificado. Su influencia simboliza la fuerza moral de la religión Católica. La voz de Gregorios y de Inocencios fué más respetada y poderosa que la de los Césares. La unidad católica se ostentó y se conservó más robusta que la de los imperios cimentados en la fuerza. La identidad moral y religiosa, en medio de la mayor variedad de instituciones políticas, fué la obra del Catolicismo, y constituyó el gran triunfo del Pontificado.

Al llegar á su mayor esplendor el poder espiritual, era consecuencia forzosa que sus efectos se hicieran sentir en el desarrollo del poder temporal y los recelos del Imperio comenzaron á hacer temer una nueva era de perturbaciones. La raza germánica nunca ha perdido el carácter de individualidad que la distinguía en sus orígenes, y en todas sus manifestaciones resistía la tendencia de unidad católica. En el tiem-

po mismo del pontificado de Gregorio VII ya Sigeberto de Gembloux se puso al lado de Enrique IV, haciéndose eco de aquella resistencia de raza, presintiendo y anticipando la lucha entre el Pontificado y los poderes políticos; lucha que vino agitándose por espacio de tres siglos, á veces sorda, con frecuencia desembozada y violenta, y que al cabo estalló con gran fuerza en la Reforma, revolución al par política y religiosa, cuyos efectos perturbaron el Catolicismo y la sociedad. La Reforma rompió la unidad católica, fué la aspiración al establecimiento de la individualidad; pero al proclamar el libre examen llegó mucho más allá de lo que podían esperar sus adeptos, quebrantó el principio de autoridad, base de ambas sociedades, dando principio á la era de las revoluciones, que todavía dividen á los hombres y á los pueblos.

¿Cabe en los límites de este trabajo el estudio de los antecedentes, desarrollo y vicisitudes de la Reforma? Bien se comprenderá que no es posible encerrar de modo alguno en pequeño cuadro los grandes problemas que entraña el movimiento, ni menos bosquejar, aunque fuera muy de pasada, figuras de la magnitud é importancia de las de los Gregorios, Alejandros é Inocencios, doctrinas de la trascendencia de las que expusieron audazmente Lutero y sus se-

cuaces. Tal y tan difícil apreciación no cabe en este discurso; para completar en lo posible este trabajo, apenas si nos queda espacio para exponer las principales teorías que, nacidas á la sombra de la Reforma, modificando aunque robusteciendo las teorías materialistas, dificultan hoy el progreso y se oponen á la filosofía cristiana.

¿Qué somos? ¿Á dónde vamos? ¿Cuál es nuestra naturaleza? ¿Cómo se formó el universo? ¿Qué edad cuenta nuestro planeta? ¿Cuál es la antigüedad de la especie humana? Estas cuestiones vuelven á ser objeto de estudio y meditación en la evolución filosófica que empezó con la Reforma y aún continúa en los sistemas contemporáneos. É interrogando á la naturaleza del hombre, á la conformación del mundo, al orden admirable del universo, procuran los modernos robustecer antiguas cuanto desacreditadas teorías y sacar de ellas argumentos, revestidos con grandes apariencias científicas, apoyados en observaciones y experimentos cuyos resultados se exageran tanto como se desnaturalizan, para traer muchos razonamientos que oponer á la Fe católica y á la filosofía de Jesús.

Procede el hombre de animales de rango inferior que se han ido perfeccionando sucesivamente. Nada hay en él que no encuentre ex-

plicación clarísima en su constitución física; el trasformismo, hablando de Geología orgánica, de evolución sucesiva, pretende con el apoyo de las vigorosas inteligencias de Lamarck, de Büchner y de Darwin demostrar que el hombre es un animal perfeccionado por continuas metamorfosis orgánicas. Büchner (1) llega á admitir y afirmar, no solamente el origen animal del hombre, sino hasta su procedencia simiana; pero como á su clara inteligencia no podía ocultarse que faltan muchos eslabones en la cadena, que entre el hombre más embrutecido y el más listo y educado de los monos media un abismo inmensurable, acude á la hipótesis de que deberemos suponer un progenitor antidiluviano, que ha perecido del todo, que no conocemos, y que ocuparía los términos medios entre el tipo humano y el orangután.

Esta hipótesis del célebre autor de *El Hombre según la Ciencia*, y de *Fuerza y Materia*, es la más clara demostración de la falsedad del sistema; si no bastaran á demostrarla con entera evidencia otras muchas razones que la Religión, la Psicología y todas las ciencias oponen á tan descabellada teoría, resucitada únicamente en odio á la verdad cristiana. Pero ni aun este

(1) *L'Homme selon l'Science*.—Par Mr. Louis Büchner.

error es nuevo; no es imaginado por los que hoy se denominan grandes filósofos. Sus principales fundamentos se descubren en la antiquísima creencia de la metempsicosis, en que las almas iban mejorando de morada animal; y con mayor seguridad en la doctrina de Empédocles que nos ha conservado Plutarco en algunos fragmentos, que á pesar de ser harto significativos no podemos juzgar en su conjunto, por no haberse conservado las obras del filósofo. Otro antecesor tuvieron también los trasformistas en Benito de Maillet; y por cierto no desdeñan su enseñanza, ni deja de conocerse la influencia de sus opiniones en las científicas elaboraciones de Darwin (1). Creyó aquel filósofo que los peces eran los verdaderos antecesores del pájaro, y explicaba la trasformación de una manera bastante parecida á la que el moderno filósofo inglés emplea para decirnos que el hombre procede de un cuadrumano, que á su vez, aunque nos es desconocido, debió proceder de un marsupial degenerado de otro anfibio. Y aquí encontramos ya el lazo que une á entrambos pensadores.

No podemos ir más lejos en este terreno; para nosotros, los sabios que extraviados por

(1) *Descendance de l'Homme.*

el afán de negar la existencia del espíritu, del soplo divino, llegan á creer en la evolución, la selección y el trasformismo, aplicando las fuerzas de su entendimiento á la demostración de tales sistemas, solamente son comparables en su error á aquellos otros delirantes que suprimieron la Divinidad para dar culto á la Diosa Razón, ó á los que, negándose á creer en Dios, escuchan sobrecogidos la respuesta que el espíritu evocado en una mesa ofrece á sus dudas y cavilaciones. Tan sólo por medio de la filosofía cristiana se explica sencillamente y sin contradicciones el admirable conjunto del hombre, percibiéndose en dos ideas tan claras como són la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma; el uno *ex limo terræ*; la otra de esencia superior, inmutable, divina.

Desde la tierra donde fuimos formados, desde las opiniones de los que piensan reducirnos á individualidades que por grados sucesivos y evoluciones orgánicas hemos subido un tanto en la escala zoológica, tenemos que remontarnos al espacio, ya que nuestro espíritu nos lo permite, y hemos de procurar conocer la naturaleza de los astros, y llamar á juicio para que demuestren la verdad de la doctrina cristiana á esas brillantes y esplendorosas estrellas que pueblan en una hermosa noche el firmamento

sin límites que se extiende sobre nuestras cabezas, deslumbra nuestra vista y abisma nuestra inteligencia.

La Astronomía nos ofrece hoy como verdad indiscutible la magnitud de todos esos luminares que giran en sus órbitas eternas á muchos millones de leguas de nosotros, que son mucho más brillantes que el sol que nos envía luz, vida y calor y patentizan la omnipotencia del Creador. Pero Dios no creó nada inútil; en la obra de la creación todo es perfecto, y rigurosamente lógico como necesario; no es posible á la soberbia del hombre imaginar siquiera que los astros y los cuerpos opacos que en sus movimientos los acompañan fueron puestos por Dios en el espacio para recrear la vista, cuando vemos en este reducido planeta que habitamos que nada de lo creado deja de tener un objeto, algún fin especial. La pluralidad de mundos habitados es idea tan antigua, que según su más reciente expositor, Camilo Flammarion, se encuentran vestigios y nociones de ella en los antiguos libros de los Vedas, en los ritos egipcios y en las memorias de los Caldeos.

Las escuelas griegas, señaladamente la jónica y la de Elea, admitieron y enseñaron como hipotética esta creencia, que los pitagóricos debieron admitir sin limitaciones; porque, en ver-

dad, estudiando el orden admirable del universo, conociendo las leyes de atracción y de gravedad que mantienen dentro de sus órbitas á todos los cuerpos creados, y al notar que por iguales causas debemos obtener los mismos efectos, la facultad y la costumbre de generalizar nos llevan por una pendiente segura á suponer la habitabilidad de esos otros cuerpos semejantes á la tierra, que giran con curso regular y periódico alrededor de focos luminosos más activos que nuestro sol y que de ellos deben recibir ciertamente en períodos fijos sombras y luz, con mucha probabilidad el calor y con él el principio de la vida. Pero esta científica hipótesis es predicado de muchas y graves cuestiones, profundas, trascendentales y que no pueden tener solución en el estado actual de los medios de observación, ni sabemos si podrán tenerla nunca.

¿Son habitables esos mundos que vemos? ¿Á qué especie podrán pertenecer los seres que los pueblen, en el caso de estar poblados? ¿Tendrán alguna analogía con el hombre, ó con los animales de diferentes géneros que viven en nuestro globo? Si no la tienen, ¿cuáles podrán ser sus condiciones, cuál su vida, cuáles sus medios de acción, su forma, su inteligencia y el desarrollo de su actividad? Basta indicarlas para

comprender que es imposible dar respuesta á éstas y á otras muchas preguntas de igual índole. En esta cuestión cabe una buena parte de gloria á nuestra patria. Un célebre filósofo español, Raimundo Sabunde, en su obra de *Teología Natural*, expuso la teoría de otros mundos habitados, de la existencia de otras criaturas en los planetas que pueblan el espacio; y el no menos célebre cardenal de Cusa, á cuya sabiduría rinde el debido tributo de alabanza el mismo Flammarión, la apoyó en argumentos de razón, y en razones teológicas que no desdeñan las ideas modernas.

Á nuestro propósito sólo importa dejar consignadas dos conclusiones. Que el estudio de la ciencia astronómica bajo estos aspectos en nada contradice, ni puede ser argumento en contra de la Fe cristiana, que reconoce, proclama y se funda en el conocimiento de un Dios único; creador, omnipotente, cuyas obras no podemos comprender ni juzgar, y cuya grandeza cantarían con mayor elocuencia todas esas maravillas que se descubren en la creación. Que la Iglesia Católica nunca se ha opuesto al estudio y discusión de esas hipótesis, que nada encuentra en ellas contrario á los dogmas de la Religión, y si alguno de sus sostenedores ha sufrido castigo, como Jordano Bruno, otras fueron las

causas de su condenación, y no la de haber sostenido la pluralidad de mundos.

Aun más lejos llevamos nuestra conclusión. Encontramos más lógica, de más fácil demostración y más admisible la teoría de la pluralidad de mundos habitados dentro de la filosofía cristiana, que en la filosofía materialista. La creación, hecha por la voluntad de un Sér infinito, omnipotente, omnisciente, ha de ser lógica, razonable en todo, ordenada y metódica en todas sus partes, como producto de una inteligencia superior para la que no existen límites ni obstáculos. Nuestra razón, débil destello, pálido reflejo de la Inteligencia creadora, puede reconocer el orden y aplicarlo á todas las manifestaciones de lo creado.... Pero si la materia flotando en moléculas, en átomos revueltos é informes, comenzó á moverse por fuerzas inconscientes, si produjo calor por la casualidad y la frotación, y se reunió en grupos inorgánicos, que, sin orden ni concierto movidos, dieron por resultado la formación del mundo, ¿quién será osado á suponer, á investigar siquiera las razones á que obedeció el ciego acaso? Lo que fuera obra de la casualidad no podría juzgarse por reglas fijas como lo que nace de una inteligencia suprema; no puede exigirse rigor lógico ni juzgarse por analogías meditadas el produc-

to del choque casual de la incoherencia y del caos.

La filosofía cristiana puede discutir é investigar la existencia de otros mundos iguales ó semejantes al que habitamos, hijos como éste de la Omnipotencia divina. La Iglesia no la admite ni la rechaza, reservándose juzgar á tiempo el resultado final de tan graves estudios. La ciencia, en últimas consecuencias, vendrá á ser confirmación de la verdad del Cristianismo (1).

En esfera mucho más amplia, formando completo sistema filosófico, el positivismo, nueva y última forma de la idea materialista, sometiendo cuanto puede saber la humanidad al resultado de la observación, al producto de la experiencia, trae nuevos argumentos para dejar establecido como verdad inconcusa el antiguo axioma de que nada hay en la inteligencia del hombre que no haya penetrado por los sentidos. No niega este sistema la existencia de Dios; pero le niega los atributos. Para Hebert Spencer, el más profundo y el más elocuente al mismo tiempo de los filósofos positivistas, Dios es lo absoluto, lo infinito, lo incognoscible: no podemos saber su esencia, ni penetrar en su Sér, ni saber nada, absolutamente nada, de los medios

(1) D. Niceto A. Perujo.—*La Pluralidad de mundos habitados ante la Fe Católica*.—Madrid.—Gaspar.—1877.

de que dispone, de su manera de obrar en la materia. Es incognoscible, y por lo tanto al Dios de los positivistas, llamémosle causa esencial, primer principio, creador ó hacedor Supremo, deberemos dejarle á un lado, porque nada tiene que ver con nosotros, ni influye para nada en los destinos de la humanidad.

¿Ni qué puede tener de común con Dios, que no le ha creado, este producto de la materia inorgánica que llamamos hombre? Tampoco niega el positivismo la existencia del espíritu, no deja de estudiar la sucesión y desarrollo de los fenómenos psicológicos, pero su espíritu y su Psicología son puramente hijos de la materia. El sér humano piensa y discurre y razona, deduce, generaliza y adivina por una consecuencia lógica indeclinable de su conformación orgánica, de la colocación de sus sentidos, de la formación de su cerebro. Este órgano produce ideas como producen saliva las glándulas de la garganta, como da bÍlis el hÍgado, por una función física puramente animal. Al completarse el organismo del hombre, el cerebro entra en funciones; lo que perciben los sentidos despierta y pone en movimiento todas las ruedas, y van naciendo el entendimiento, la memoria y la imaginación, como dan las horas en un reloj cuyo mecanismo se ha puesto en juego.

Para nada se necesita en el positivismo del espíritu, como superior y de naturaleza distinta de la materia; basta con que la materia se organice en una forma para que produzca los efectos de la racionalidad. Y al estudio de esto, que nosotros no sabíamos cómo llamar, se le llama Psicología por Spencer y sus discípulos, cuando más bien debería llamársele Zoología ú otra rama cualquiera de las ciencias naturales; pues á no dudar, de la misma manera puede estudiar el positivista las funciones del cerebro humano que las de formación de una fruta por la extensión de la savia de un vegetal.

No creemos pueda dudarse la razón con que nuestro docto compatriota D. Antonio M. Fabié asienta en su notable *Examen del Materialismo* moderno «que desde el punto en que se afirma que el fenómeno psíquico fundamental es un simple movimiento, confiésese ó niéguese, se profesa un materialismo radical.» En sus últimas consecuencias este sistema nos lleva á las categorías de evolución orgánica en que se asientan las teorías de Lamarck y de Darwin, y se refutan con los mismos argumentos, pues en su concepto final son tan defectuosas como todas las que estudian al hombre bajo uno solo de sus aspectos, negando ó despreciando el otro.

Estos sistemas, y las consecuencias que de ellos se desprenden, son los argumentos que la ciencia moderna en su evolución contemporánea opone á la Fe de Jesucristo. Ora estudiando la antigüedad del mundo, ora la unidad de la especie humana; buscando los antepasados ó sean abuelos de Adán, investigando la naturaleza de los astros, y por cuantos medios sugiere el ingenio procuran los modernos filósofos sentar otras teorías frente á las teorías cristianas. Son, con distintas formas y valiéndose de diferentes medios, las antiguas herejías oponiéndose á las verdades eternas. No es esto desconocer la inmensa importancia de la evolución científica que se desarrolla en nuestro tiempo, no es disminuir siquiera la importancia de la filosofía positivista, ni negar los grandes, los innegables progresos y adelantos que la observación y el estudio de la naturaleza han traído á todos los ramos del saber. Es que en distinta esfera, vemos en la mayor parte de las afirmaciones de las escuelas modernas los frutos de las semillas que lanzó al aire del libre examen la Reforma; las consideramos tan hijas de aquella revolución, tan ligadas con su espíritu, formando con ella tal conjunto, que bien podríamos consignarlas plásticamente en un lienzo semejante al de Kaulback, aunque más exacto y

verdadero, en que Kant, Schelling, Hegel, Bain, Darwin, Hebert Spencer, Draper, Flammarión, y cuantos filósofos y naturalistas han seguido sus huellas, se representaran sosteniendo las estatuas de Lutero y Calvino, siendo fecundadas sus obras por la savia que brotara de los labios de los atrevidos reformadores. La lucha hace tres siglos comenzada llega á tocar sus últimos resultados. En las conciencias la duda, en los Estados la guerra que produce la relajación del principio de autoridad; ante la Iglesia Católica la herejía; ante los poderes políticos la insubordinación y la anarquía; ante la familia, la propiedad y la moral el socialismo más absurdo, la más desenfrenada ambición y codicia de goces materiales. ¿Cuál será el término de este laborioso período que hace cerca de un siglo atraviesa la humanidad? ¿De dónde vendrán la luz, el orden, la tranquilidad y la paz, tanto en la sociedad como en las conciencias? Para los que de la Fe cristiana estamos animados no cabe ni aun asomo de duda; el nuevo Académico nos lo ha dicho: el árbol de la Religión no envejece y la filosofía cristiana sacará de este caos, de la conflagración presente, toda la grandeza de la verdad, y obtendrá los honores del triunfo en la fraternidad del género humano, que es el ideal. Para los que no abriguen en sus

pechos el ardor de la Fe, y pregunten en su escepticismo ¿cómo se realizará este ideal?, les responderemos con el autor de los *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*, que no será para ellos autoridad recusable ni sospechosa: «El conflicto actual es un inmenso problema, cuya resolución es el secreto de Dios.»

HE DICHO.

